

Gertrude Stein

Autobiografía de Alice B. Toklas

I

YO, ANTES DE IR A PARÍS

Nací en San Francisco, California. Por esto, siempre me ha gustado vivir en climas templados, pero es difícil, tanto en Europa como en Norteamérica, encontrar un clima templado y vivir en él. Mi abuelo materno fue un pionero que llegó a California el año 49, y se casó con mi abuela, que era mujer muy aficionada a la música. Fue discípula del padre de Clara Schuman. Mi madre era una mujer encantadora, de suaves modales, llamada Emilie.

Mi padre descendía de una familia de patriotas polacos. Su tío abuelo formó un regimiento, del que se nombró coronel, para luchar contra Napoleón. El padre de mi padre abandonó a su esposa poco después de haber contraído matrimonio, para ir a luchar en las barricadas, en París. Pero la esposa dejó de mandarle dinero, y entonces el abuelo volvió a su tierra, donde pasó el resto de sus días convertido en un acaudalado y conservador terrateniente.

En cuanto a mí respecta, debo confesar que no me gusta la violencia, y que siempre he preferido los placeres de las labores de punto y la jardinería. Me gusta mucho la pintura, los muebles, los tapices, las casas y las flores, e incluso los árboles frutales y las verduras. Me gustan las vistas y los panoramas, pero prefiero sentarme de espaldas a ellos.

Mi infancia y adolescencia discurrieron en el placentero ambiente propio de las gentes de mi clase y aficiones. En este período tuve algunas veleidades intelectuales, pero no fueron demasiado fuertes, y tampoco las aireé. Cuando tenía unos diecinueve años, era una gran admiradora de Henry James. Creí que *The Awkward Age*, de este autor, podía ser base de una excelente obra teatral, y le escribí ofreciéndole realizar la adaptación. Me contestó con una carta amabilísima, en la que abordaba los problemas de mi propuesta, y, entonces, al darme cuenta de mi incapacidad para llevar a cabo la tarea, me avergoncé de mí misma y no conservé la carta de James. Quizá, en aquella época, creía que no tenía ningún motivo para conservar la carta. Bueno, el caso es que la carta en cuestión ya no existe.

Hasta los veinte años practiqué seriamente el arte musical. Estudiaba y me ejercitaba con constancia, pero poco después la música me pareció una frivolidad. Mi madre murió, y aunque esto no me produjo una tristeza insuperable, dejé de tener verdadero interés en la música, dejé de tener el interés suficiente para seguir adelante. En la historia de Ada, en *Geography and Plays*, Gertrude Stein hizo una excelente descripción de mi persona, tal como era en aquel tiempo.

A partir de entonces, y durante unos seis años, estuve muy ocupada. Llevé una vida muy agradable, tenía muchos amigos, me divertía mucho, eran muchas las cosas que me interesaban, mi vida me satisfacía y gozaba de ella, pero no me la tomaba con gran pasión, ni mucho menos. Entonces ocurrió el incendio de San Francisco, por cuya razón el hermano mayor de Gertrude Stein y su esposa regresaron de París a San Francisco, y esto comportó un cambio total en mi vivir.

En aquel entonces, vivía con mi padre y mi hermano. Mi padre era un hombre silencioso que se enfrentaba calmadamente con la realidad, pese a que le causaba impresiones muy profundas. La primera y terrible mañana del incendio de San Francisco, desperté a mi padre y le dije que la ciudad había quedado destruida por un terremoto, y que, luego, se había declarado un incendio. Mi padre dijo: «No deja de ser una pérdida para el Este.» Dio media vuelta en la cama, y siguió durmiendo. Recuerdo que, en cierta ocasión, mi hermano y un amigo suyo salieron a dar un paseo a caballo. Uno de los caballos volvió sin jinete al establo. Y la madre del otro muchacho comenzó a hacer una escena terrible. Entonces mi padre le dijo: «Cálmese, señora, quizá sea mi hijo el que se haya matado.» Siempre recordaré uno de sus axiomas: «Sea lo que fuere aquello que debas hacer, hazlo con buenos modales.» También me dijo que la dueña de una casa que recibe invitados jamás debe pedir excusas por las deficiencias que puedan observarse en la recepción, porque cuando hay una dueña de su casa, en tanto en cuanto hay una dueña de su casa, no puede haber deficiencias.

Tal como les decía, yo vivía muy satisfactoriamente en compañía de los míos, y jamás tuve deseos ni pensamientos de alterar mi modo de vivir. Lo que ocurrió después se debió a la interrupción de nuestra rutinaria vida, causada por el incendio, y a la llegada del hermano mayor de Gertrude Stein y de su esposa.

Mistress Stein trajo consigo tres pequeños cuadros de Matisse, que fueron las primeras obras de arte moderno que cruzaron el Atlántico. Conocí a mistress Stein en días de aflicción para la ciudad, me mostró los cuadros y me contó anécdotas de su vida en París. Poco a poco, informé a mi padre de mis deseos de irme de San Francisco. No se alarmó ni se inquietó siquiera. Al fin y al cabo, en aquellos días era mucha la gente que entraba y salía de San Francisco, y abundaban los amigos que habían abandonado la ciudad. Antes de que transcurriera un año, también yo me había ido y me encontraba en París. Allí visité a mistress Stein, que había regresado a París, y en su casa conocí a Gertrude Stein. Lo que más me impresionó de ella fue el broche de coral que llevaba, y su voz. En mi vida, tan sólo he conocido a tres genios, y en las tres ocasiones he oído el sonido de una campanilla dentro de mi cerebro. Y la campanilla nunca me engañó. Y puedo decir que en cada uno de estos tres casos, las personas que suscitaron el sonido de la campanilla todavía no habían conseguido la general consideración de genios. Los tres genios de quienes quiero hablarles son Gertrude Stein, Pablo Picasso y Alfred Whitehead. He conocido a muchas personas importantes, también he conocido a muchas personas que han sido grandes personalidades en su quehacer, pero únicamente he conocido a tres verdaderos genios, y en los tres casos la campanilla sonó. En ninguno de los tres casos hubo error. Y así comencé una nueva vida, pletórica de significado.

II

MI LLEGADA A PARIS

Corría el año 1907. *Three Lives* de Gertrude Stein se hallaba en prensa, pagando ella los gastos de la edición, y la escritora trabajaba en un libro, que habría de constar de mil páginas, titulado *The Making of Americans*. Picasso había terminado recientemente el retrato de Gertrude Stein, que, en aquellos tiempos, no gustaba a nadie, salvo al autor y a la retratada, pero que ahora es famoso. En aquellos días, el pintor había comenzado su extraña composición pictórica representando a tres mujeres. Matisse acababa de terminar *Bonheur de Vivre*, su primera gran composición que motivaría le calificaran de fauve. Era la época que Max Jacob llamó «la edad heroica del cubismo». Recuerdo que no hace mucho Picasso y Gertrude Stein tuvieron una conversación sobre diversos acontecimientos ocurridos en aquellos días. Uno de ellos se refirió a cuanto pudo ocurrir, y no ocurrió, aquel año, y el otro contestó: «Olvidas que entonces éramos jóvenes, y que, de todos modos, hicimos muchas cosas.»

Hay mucho que hablar sobre lo que ocurrió en aquel entonces, y lo que había ocurrido antes, que condujo a lo que ocurrió después, pero ahora debo describir lo que vi al llegar.

La casa de la rue de Fleurus, número veintisiete, era, y sigue siendo, un pequeño chalet de dos pisos, con cuatro estancias muy poco espaciosas, cocina, y baño. Junto a la edificación principal se alzaba un gran taller. Ahora, el taller está unido al chalet mediante un pasillo que se construyó en 1914, pero en el tiempo a que me refiero el taller tenía entrada independiente, de modo que para entrar en la casa había que tocar la campanilla y para entrar en el taller había que dar un par de golpes en la puerta. Eran muchos los que podían tocar la campanilla y dar con los nudillos en la puerta del taller, pero abundaban más estos últimos. Yo gozaba del privilegio de poder hacer las dos cosas. Gertrude Stein me había invitado a cenar en su casa el sábado, que era la noche de la semana en que la visitaban todos sus amigos y conocidos, como efectivamente ocurrió en aquella ocasión. Pues sí, fui a cenar. La autora de la cena fue Héléne. Y ahora quiero decirles algo de Héléne.

Héléne llevaba ya dos años al servicio de Gertrude Stein y de su hermano. Era una de estas admirables *bonnes* de las que tanto hemos oído hablar. Excelente criada para todo, excelente cocinera, íntegramente dedicada al mayor bienestar de sus patronos y de sí misma, y convencida de que todos los artículos en venta tenían precios demasiado altos. Siempre contestaba, ante la sugerencia de comprar cualquier cosa: «¡Oh, no, esto es muy caro!» No malgastaba ni un céntimo, y conseguía llevar la casa sin rebasar el límite de los ocho francos diarios. Incluso pretendía, y estaba orgullosa de ello, que ni siquiera la presencia de invitados lograra alterar aquel presupuesto, pero era un empeño difícil porque Héléne, en defensa del honor de la casa y para no avergonzar a sus patronos, se veía obligada a dar a todos los presentes la comida suficiente para que salieran satisfechos. Era una excelente cocinera y hacía unos *soufflés* muy buenos. En aquellos días, casi todos los invitados de Gertrude Stein vivían en forzosa austeridad,

ninguno de ellos pasaba hambre y siempre encontraban a alguien que les ayudara, pero algunos de ellos no gozaban de lo que pudiéramos llamar abundancia. Fue Braque quien, unos cuatro años después, cuando todos los integrantes de aquel grupo comenzaban a ser conocidos, dijo con un suspiro: «¡Cómo han cambiado nuestras vidas! ¡Ahora todos tenemos cocineras que saben hacer un buen *soufflé*!»

Hélène tenía sus opiniones personales, que no recataba. Así, por ejemplo, mostraba cierta antipatía hacia Matisse. Decía que un francés no debía quedarse a cenar inesperadamente, especialmente si antes de decidirlo preguntaba a la cocinera qué había para cenar. Hélène aseguraba que los extranjeros tenían perfecto derecho a observar esta conducta, pero los franceses no, y Matisse lo había hecho en una ocasión. Así, cuando miss Stein decía a Hélène: «Esta noche, monsieur Matisse se quedará a cenar», Hélène replicaba: «En este caso no haré tortilla sino huevos fritos. Necesitaré los mismos huevos y la misma mantequilla, pero los huevos fritos son menos respetables que la tortilla, y monsieur Matisse sabrá darse cuenta.»

Hélène estuvo al servicio de Gertrude Stein hasta fines de 1913. En el curso de los años anteriores se había casado, y tuvo un niño, y su marido se empeñó en que dejara de trabajar por cuenta ajena. Con gran pesar, Hélène se despidió y, años más tarde, diría que la vida en su propia casa nunca le había parecido tan divertida como la que había llevado en la casa de la rue de Fleurus. Mucho después, hace poco más de tres años, volvió al servicio de Gertrude Stein, por un período de un año, debido a que su marido se encontraba en dificultades económicas y quizá también a que su hijo había muerto. Estaba tan animosa como antaño y terriblemente deseosa de cumplir a la perfección sus funciones. Dijo que le parecía extraordinario que aquellas personas que no eran absolutamente nadie, cuando ella las conoció, en la actualidad salieran casi todos los días en los periódicos, y que, pocas noches atrás, había oído por la radio el nombre de monsieur Picasso. Los periódicos incluso hablaban de monsieur Braque, que solía ser el encargado de sostener en alto los cuadros más grandes, porque era el más forzado de los amigos de madame, mientras el portero clavaba los clavos en la pared; y ahora resulta que van a poner en el Louvre un cuadro del pobre monsieur Rousseau, aquel hombre tan tímido que ni siquiera se atrevía a llamar a la puerta, es increíble... Hélène dijo que tenía muchísimas ganas de volver a ver a monsieur Picasso, a su esposa y a su hijo, y el día en que éstos fueron a cenar a casa de Gertrude Stein, Hélène puso a contribución todo su talento de cocinera, pero después dijo que Picasso había cambiado mucho, aunque su hijo era muy hermoso. Todos pensamos que Hélène había vuelto para ver de nuevo a los que habían formado la joven generación de artistas. Y en parte así era, aun cuando sus obras no despertaban en ella el menor interés. Dijo que éstas no la impresionaban en absoluto, lo cual entristeció a los artistas, porque Hélène se había convertido en una figura legendaria, conocida en todo París. Al cabo de un año, la situación económica de Hélène había mejorado considerablemente, su marido volvía a ganarse bien la vida, y Hélène decidió volver a su casa. Pero, regresemos al principio, es decir, al año 1907.

Antes de hablarles de los invitados, debo relatar lo que vi. Al llegar a casa de Gertrude Stein, a la hora de cenar, llamé a la puerta, haciendo sonar la campanilla del pequeño chalet. Me hicieron pasar a un reducido recibidor, y luego a un comedor, también pequeño, con las paredes cubiertas de libros. En el único lugar que no estaba ocupado por los libros, es decir, las puertas, había dibujos de Picasso y de Matisse, clavados con chinchetas. Como fuere que los restantes invitados todavía no habían llegado, miss Stein me llevó al taller. En aquella temporada llovió muy a menudo en París, y aquella noche era noche de lluvia, por lo que resultó un poco molesto ir desde el chalet al taller, con vestido de noche, bajo la lluvia, pero pensé que no debía preocuparme de las consecuencias de este breve viaje, ya que la dueña de la casa no

mostraba contrariedad alguna al hacerlo. Entramos en el taller, cuya puerta tenía un cerrojo Yale, quizá el único que había en todo el barrio, en aquel entonces. Pero este cerrojo no había sido colocado allí para proteger de las actividades de los amigos de lo ajeno el contenido del taller, puesto que en aquellos días los cuadros que en él había carecían de valor, sino porque la llave era pequeña y podía llevarse en el bolso, contrariamente a lo que ocurría con las enormes llaves francesas. Junto a las paredes había diversos muebles renacimiento italianos, y en medio de la estancia se veía una inmensa mesa, también renacimiento, con una bonita escribanía, y, en un ángulo, una ordenada pila de cuadernos, cuadernos escolares franceses, como los que usaban los niños en aquella época, con dibujos representando terremotos y escenas de exploradores en las portadas. Las paredes estaban cubiertas de cuadros, hasta la altura del techo. En un extremo de la estancia había una estufa de hierro, que Hélène alimentaba con una pala. Sobre una mesa situada en un ángulo, había clavos de herraduras, cantos rodados y boquillas, que una no podía evitar mirar, pero que no se atrevía a tocar, y que resultaron proceder de los bolsillos de Picasso y de Gertrude Stein, quienes al parecer guardaban en ellos estos objetos hasta que no cabían. Pero, volvamos a los cuadros. Los cuadros eran tan raros que, al principio, una miraba cualquier cosa antes que los cuadros. Para refrescar un poco la memoria, he contemplado algunas fotografías tomadas en el taller en aquellos días. Todas las sillas eran, también, renacimiento italiano, muy poco cómodas para quienes tuvieran las piernas cortas, y eran muchos los que cogieron la costumbre de sentarse en ellas poniendo las piernas cruzadas debajo del trasero. Miss Stein solía sentarse cerca de la estufa, en una silla muy hermosa, de alto respaldo, y dejaba, tranquilamente, que sus pies colgaran en el aire, lo cual no tenía gran mérito, ya que era tan sólo cuestión de acostumbrarse a ello, y cuando alguno de sus muchos visitantes se le acercaba para preguntarle algo, miss Stein se levantaba de la silla, y, en francés, solía responder «Ahora, no». Por lo general este intercambio verbal se refería a algo que el visitante deseaba ver, tal como dibujos que miss Stein guardaba en algún otro lugar, sobre uno de los cuales cierto alemán vertió tinta, o a cualquier otra petición que sólo podría ser atendida más tarde. Pero, volvamos a los cuadros. Tal como decía, cubrían totalmente las paredes encaladas y llegaban hasta el mismísimo techo. La estancia estaba iluminada con luces de gas, colocadas muy alto. Estas luces representaban un avance, ya que acababan de ser instaladas y antes tan solo había una lámpara de pie, de manera que, para ver los cuadros, era necesario que algún invitado de altura aventajada sostuviera en lo alto una lámpara mientras los otros los miraban. Pero el caso es que al fin se habían instalado las luces de gas, y un ingenioso pintor norteamericano, llamado Sayen, se ocupaba de instalar un mecanismo que permitiera encender todas las luces a la vez, de una manera automática. El pintor norteamericano lo hacía a fin de procurar olvidar que acababa de ser padre por vez primera. La vieja propietaria de la casa, mujer de ideas extremadamente conservadoras, no quería que se instalara electricidad en sus casas y la iluminación eléctrica no se utilizó en ellas hasta 1914, cuando la propietaria era tan vieja que ya no se daba cuenta de nada, lo cual aprovechó el administrador para autorizar la instalación eléctrica. Bueno, pero ahora, de veras, les voy a hablar de los cuadros.

Ahora que todos estamos acostumbrados a todo, es muy difícil dar una idea de la inquietud que una sentía cuando contemplaba por primera vez aquellos cuadros colgados en las paredes del taller de Gertrude Stein. En los días a que me refiero, allí había cuadros de todo género, y todavía no había llegado el momento en que tan sólo habría Cézannes, Renoirs, Matisses y Picassos, ni tampoco aquel otro tiempo, más tarde, en el que sólo habría Cézannes y Picassos. Entonces había cuadros de Matisse, Picasso, Renoir, Cézanne y muchos otros. Había dos Gauguins, varios Manguins, un

gran desnudo de Vallotton —que únicamente destacaba por no ser exactamente la *Odalisca* de Manet—, un Toulouse-Lautrec. En una ocasión, Picasso, mientras contemplaba este último cuadro, tuvo el atrevimiento de decir: «De todos modos, yo pinto mejor que él.» Toulouse-Lautrec fue el pintor que mayor influencia tuvo en Picasso, en su primera época. Después, compré un pequeño cuadro de Picasso, correspondiente a aquella época. Había un retrato de Gertrude Stein, pintado por Vallotton, que bien hubiera podido ser un David, pero que no lo era, había un Maurice Denis, un pequeño Daumier, muchas acuarelas de Cézanne. En resumen, allí estaban todos los pintores que una pueda imaginar, incluso había un pequeño Delacroix y un Greco de tamaño medio. Había enormes Picassos del período del *Arlequín*, dos hileras de Matisse, un gran retrato de mujer pintado por Cézanne, y algunos Cézannes pequeños. Todos esos cuadros tenían su historia, que pronto les contaré. Entonces me sentía un tanto confusa, y no hacía más que mirar y mirar, y cuanto más miraba más confusa estaba. Gertrude Stein y su hermano estaban tan acostumbrados a ver cuán confundidos quedaban sus invitados, que ya había dejado de importarles y ni siquiera se fijaban en ello. Entonces, oímos un fuerte golpe en la puerta del taller. Gertrude Stein la abrió, y entró un hombre menudo con aspecto de gran vivacidad; su cabello, ojos, rostro, manos, pies, todo en él era vivaz. Gertrude Stein dijo: «Hola Alf, mira, ésta es miss Toklas.» Con mucha solemnidad, el recién llegado dijo: «Mucho gusto en conocerla, miss Toklas.» Era Alf Maurer, asiduo visitante de Gertrude Stein. Alf Maurer había frecuentado esta casa antes de que en ella hubiera las pinturas a que me he referido, cuando de sus paredes tan solo colgaban grabados japoneses, y Alf era uno de los que solían encender cerillas para iluminar una porción alta del retrato pintado por Cézanne. «Desde luego, pueden darse perfecta cuenta de que es un cuadro totalmente acabado», solía explicar a los otros pintores norteamericanos, quienes miraban el cuadro con aire dubitativo, «y pueden darse cuenta porque está enmarcado, y como ustedes saben muy bien jamás se ha oído de un pintor que enmarque un cuadro que no esté acabado». Alf había sido siempre un fiel seguidor de las nuevas escuelas pictóricas, un seguidor persistente, humilde, fiel, persistente, persistente. El fue quien eligió el primer lote de cuadros de la famosa colección Barnes, mucho más tarde, con la misma fe y el mismo entusiasmo. El fue quien, años después, cuando Barnes visitó la casa de Gertrude Stein e hizo además de sacar su talonario de cheques, dijo: «Juro ante Dios que no he sido yo quien le ha traído aquí.» Gertrude Stein, que es mujer de temperamento explosivo, llegó a su casa por la noche, en otra ocasión, y en ella encontró a su hermano, a Alf y a un desconocido. El aspecto del desconocido desagradó a miss Stein, y preguntó a Alf: «¿Quién es ese hombre?» y Alf contestó: «Yo no le he traído aquí, no, no, no.» Gertrude Stein dijo: «Tiene aspecto de judío.» Y Alf añadió: «Peor que eso.»

Pero volvamos a mi primera noche. Pocos minutos después de que llegara Alf, Hélène golpeó fuertemente la puerta con los nudillos y anunció que la cena estaba servida. Todos comentaron cuán raro era que los Picasso no hubieran llegado todavía, pero que mejor sería no esperarles para evitar que Hélène se impacientara. Miss Stein dijo: «Parece extraño, porque Pablo es la puntualidad en persona, jamás llega demasiado pronto ni demasiado tarde, está orgulloso de ser siempre puntual y dice que la puntualidad es la cortesía de los reyes. Incluso ha logrado que Fernande sea también puntual. Desde luego, a menudo dice que sí a cualquier cosa, cuando en realidad no tiene la menor intención de hacerla, pero esto se debe a que no sabe decir no. No, es una palabra que no está en su vocabulario, y hace falta saber distinguir cuando sus síes quieren decir que sí y cuando quieren decir que no, pero cuando dice un sí que significa que sí es que sí, y que será puntual, y eso es lo que hizo con la cena de hoy, lo cual

quiere decir que debía ser puntual.» En aquellos tiempos los automóviles no abundaban, por lo que nadie se preocupaba de la posibilidad de que hubiera ocurrido un accidente. Cuando terminábamos el primer plato, oímos el sonido de rápidos pasos en el patio, y Hélène abrió la puerta antes de que llamasen a ella, y entraron Pablo y Fernande, que así les llamábamos todos en aquellos tiempos. Picasso era pequeño, andaba a pasos rápidos, pero no nerviosos, y sus ojos tenían la rara facultad de pasmarse y absorber toda la esencia de aquello que él deseaba ver, de lo que de veras le interesaba. Su cabeza tenía un aire parecido a aquel que tienen las de los toreros, aire de vivacidad e independencia, al hacer el paseíllo. Fernande era una mujer alta y hermosa, que aquella noche llevaba un sombrero maravilloso, muy grande, y un vestido que se veía, a todas luces, que era nuevo. Los dos parecían bastante agitados. Pablo dijo: «Lo siento infinito, tú ya sabes, Gertrude, que nunca llego tarde, pero resulta que Fernande esperaba que le trajeran el vestido nuevo que se ha hecho para ir al vernissage de mañana, y el vestido no llegaba.» Miss Stein dijo: «Bueno, el caso es que habéis llegado, y ya sabes que, tratándose de ti, Hélène no se enfadará.» Y todos volvimos a sentarnos. Yo estaba al lado de Picasso, que guardaba silencio, y, poco a poco, fue recobrando la tranquilidad. Alfy dijo unas cuantas frases amables a Fernande, quien tampoco tardó en recobrar la calma y la placidez. Un poco más tarde dije a Picasso, en un murmullo, que me gustaba mucho el retrato de Gertrude Stein que él había pintado. Y Picasso contestó: «Sí, todo el mundo dice que no se parece, pero esto carece de importancia, ya se parecerá.» La conversación se animó al centrarse en la inauguración del salón «independent», que era el gran acontecimiento del año. Todos estaban interesados en los escándalos que se producirían y los que no se producirían. Picasso nunca exponía sus obras, pero sus seguidores sí lo hacían; corrían muchos rumores acerca de la reacción que provocarían y se albergaban grandes esperanzas y temores.

Mientras tomábamos el café oímos pasos en el patio, pasos de mucha gente. Entonces, miss Stein se levantó, y dijo: «Seguid, y no os apresuréis; yo me encargaré de recibirles.» Y se fue.

Cuando entramos en el taller ya había allí mucha gente. Algunos formaban grupos, otros parejas, y los había que estaban solos, pero todos miraban y miraban, Gertrude Stein, sentada junto a la estufa, hablaba y escuchaba, y, de vez en cuando, se levantaba para abrir la puerta, o para ir de un grupo a otro y hablar y escuchar. Por lo general, miss Stein abría la puerta inmediatamente después de oír el golpe dado con los nudillos, y la fórmula con que recibía a los recién llegados era «*De la part de qui venez-vous?*», es decir, «¿Quién le presenta?» En realidad la entrada era libre, pero en París era imprescindible emplear una fórmula u otra, y la pregunta de miss Stein no era más que una ficción, como si esperase que todos los visitantes mencionaran el nombre de quien les había dicho que en el taller podrían ver una exposición. Era un simple formalismo, cualquiera podía entrar, y como sea que, en aquellos tiempos, los cuadros expuestos carecían de valor en mercado, y, además, conocer a los demás asistentes no constituía un signo de distinción social, tan sólo acudían aquellas personas que sentían genuino interés. Así que, tal como les iba diciendo, cualquiera podía entrar, pero se observaba el formalismo antes dicho. Miss Stein, al abrir la puerta dijo como de costumbre: «¿Quién le ha invitado?» y entonces oímos una voz indignada que contestaba: « ¡Usted misma, madame! » Se trataba de un hombre joven, a quien Gertrude Stein había conocido en algún lugar, con quien había sostenido una larga conversación, a quien había invitado cordialmente, y a quien había olvidado casi de inmediato.

Pronto la habitación estuvo atestada. Había grupos de pintores y escritores húngaros, debido, probablemente, a que en cierta ocasión un húngaro visitó el taller y luego había difundido su existencia a lo largo y ancho de toda Hungría, por lo que los

hombres jóvenes de los pueblecitos húngaros, especialmente los dotados de ambiciones, habían oído hablar de la casa número 27 de la rue de Fleurus y la mayor ilusión de su vida era llegar a visitarla, lo cual algunos de ellos lograron. Siempre estaban allí, los había de todos los tamaños y formas, de los más distintos grados de riqueza y de pobreza, algunos de ellos eran encantadores y otros rudos, y, de vez en cuando, acudía alguna que otra campesina muy hermosa. También había grandes cantidades de alemanes, que no gozaban de demasiadas simpatías debido a que querían verlo todo, incluso los cuadros que Gertrude Stein tenía guardados en otro sitio, y además solían romper cosas, y Gertrude Stein siempre ha tenido debilidad por las cosas que se rompen y siente horror hacia las personas que coleccionan cosas que no se rompen. También había un grupito de americanos. A veces Mildred Aldrich traía a un grupo, otras iba Sayen, el electricista, o algún pintor, u ocasionalmente, acudía algún estudiante de arquitectura. Y también estaban los asiduos, como miss Mars y miss Squires, a quienes, después, Gertrude Stein inmortalizaría en una de sus obras bajo los nombres de miss Furr y miss Skeene. Aquella primera noche, miss Mars y yo hablamos de un tema que, entonces, era una novedad: el maquillaje del rostro. A miss Mars le interesaban los tipos, y sabía que existía el tipo de *femme décorative*, *femme d'intérieur* y *femme intrigante*, sin duda alguna Fernande Picasso era una *femme d'intérieur*, ante lo cual la aludida quedó muy complacida. De vez en cuando se oía la alta risa española, como un relincho, de Picasso, y las alegres carcajadas de contralto de Gertrude Stein. La gente iba llegando y yéndose, entrando y saliendo. Miss Stein me dijo que me sentara al lado de Fernande Picasso. Fernande era hermosa, pero un poco lenta y pesada. Me senté a su lado, y ésta fue la primera vez que me senté junto a la esposa de un genio.

Antes de decidirme a escribir este libro sobre los veinticinco años que pasé con Gertrude Stein, solía decir que escribiría un libro titulado *Esposas de genios a quienes he tratado*. He tratado a muchas. He tratado a esposas que no eran esposas de genios que eran verdaderos genios. He tratado con verdaderas esposas de genios que no eran genios. He tratado a esposas de genios, o de casi genios, o de futuros genios. En resumen, he tratado con mucha frecuencia e intensidad, durante mucho tiempo, a muchas esposas y esposas de muchos genios.

Tal como les decía, Fernande, que entonces vivía con Picasso y había vivido con él durante largo tiempo, largo tiempo teniendo en cuenta que en aquel entonces los dos tenían veinticuatro años, pero, en fin, largo tiempo, Fernande, como les decía, fue la primera esposa de genio a quien traté, y no era divertida en absoluto. Hablamos de sombreros. Fernande tenía dos temas de conversación: sombreros y perfumes. Aquel primer día hablamos de sombreros. Le gustaban los sombreros, tenía el gusto especial que las francesas tienen en materia de sombreros; en su opinión, si el sombrero que llevaba no provocaba, en la calle, agudos comentarios de los hombres que pasaban junto a ella, esto significaba que el sombrero era malo. Tiempo después, Fernande y yo paseamos por Montmartre. Fernande llevaba un gran sombrero amarillo, y yo un pequeño sombrero azul. Entonces pasó un obrero, se paró y gritó: «¡Anda, ahí van el sol y la luna juntas!» Con una sonrisa radiante, Fernande me dijo: «Ve! ¡Llevamos sombreros bonitos!»

Miss Stein me llamó y me dijo que le gustaría que conociera a Matisse. Miss Stein estaba hablando con un hombre de estatura media, barba rojiza y gafas. Aquel hombre tenía un aire muy atento a cuanto le rodeaba, pero su presencia parecía un poco pesada y sostenía con miss Stein una conversación con frases y palabras de oculto doble sentido. Mientras me acercaba, oí que miss Stein decía: «Sí, pero ahora resultaría mucho más difícil.» Al llegar yo, dijo: «Estábamos hablando de un almuerzo que celebramos el año pasado. Colgamos todos los cuadros en las paredes e invitamos a todos los pintores.

Para que se sintieran a gusto, lo coloqué a cada uno delante de su propio cuadro, a fin de que pudiera verlo en todo instante y así el hombre se sintiera a gusto, y todos se sintieron tan a gusto que se nos acabó el pan y tuvimos que pedir más. Cuando conozca a los franceses se dará cuenta de que eso del pan significa que los comensales se sentían a gusto y eran felices, porque los franceses no pueden comer ni beber sin pan. Y tuvimos que mandar a buscar más pan dos veces. Nadie se dio cuenta del truco ese de poner a cada pintor ante su cuadro, nadie salvo Matisse, e incluso él se dio cuenta cuando se iba, y entonces dijo que esto demostraba que yo era una mujer peligrosa y con malas intenciones.» Matisse se rió y dijo: «Bueno, ya sé que para usted, mademoiselle Stein, el mundo es como el escenario de un teatro, pero hay escenarios y escenarios, y cuando escucha con tanta atención lo que le digo y resulta que no hay tal atención, porque no se entera ni de media palabra de lo que le digo, entonces pienso que es usted una mujer de malas intenciones.» Entonces, los dos comenzaron a hablar del vernissage del «independent», como hacían todos los circunstantes, tema del que yo no sabía nada. Pero poco a poco, más tarde, llegué a conocer la historia de los cuadros y de los pintores y de sus discípulos, de todo lo cual pienso hablarles, y también pude comprender el significado de aquella conversación que escuché mi primera noche en casa de Gertrude Stein.

Después fui a parar en las cercanías de Picasso, que estaba solo y meditativo. Se dirigió a mí, y me dijo: «¿Usted cree que de veras me parezco al presidente Lincoln?» Aquella noche, yo había pensado en muchas cosas, pero no en esto. Picasso prosiguió: «Gertrude» (y, ahora, yo quisiera poder expresarles cuánto afecto y confianza ponía Picasso en la pronunciación del nombre de miss Stein, igual que miss Stein cuando llamaba Pablo a Picasso; y esta manera de pronunciar sus nombres nunca sufrió alteración a lo largo de los muchos años de amistad entre los dos, pese a los períodos de discordia y complicaciones que en ellos se dieron) «Gertrude me enseñó una fotografía del presidente Lincoln, y desde entonces he procurado peinarme como él, para parecerme, y creo que verdaderamente mi frente ahora se parece a la de Lincoln.» Ignoraba si Picasso hablaba en serio o no, pero procuré seguirle la corriente. En aquel entonces, todavía no había comprendido cuán norteamericana era Gertrude Stein. Después, cuando me enteré, solía embromarla diciéndole que parecía un general de cualquiera de los dos bandos de la Guerra de Secesión, y un general de los dos bandos a la vez. Gertrude Stein conservaba una colección de fotografías, muy interesantes en su mayoría, de la Guerra de Secesión, que, de vez en cuando, contemplaba en compañía de Picasso. Entonces Picasso se acordaba repentinamente de la guerra entre España y los Estados Unidos, y se mostraba muy patriota y amargado y agresivo, y, entonces, Gertrude Stein y Picasso comenzaban a decirse cosas muy desagradables de sus respectivos países. Pero aquella primera noche ignoraba cuanto les acabo de decir, y me limité a ser amable con todo el mundo, y eso fue todo.

La velada tocaba a su fin. Todos se iban, y todos seguían hablando del vernissage del «independent». También yo me fui, tras conseguir una invitación al vernissage. Y de esta manera acabó una de las noches más importantes de mi vida.

Fui al vernissage acompañada de una amiga, ya que la invitación era para dos. Llegamos a primera hora. Me habían dicho que fuera temprano porque, de lo contrario, no podría ver nada, y tampoco podríamos sentarnos, y a mi amiga le gustaba sentarse. Nos dirigimos al edificio provisional, especialmente construido para esta exposición. En Francia se pasan la vida organizando cosas provisionales, que deben durar un día o muy pocos días, y luego las desmontan y lo dejan todo como antes. El hermano mayor de Gertrude Stein siempre decía que el crónico pleno empleo, o ausencia de desempleo, en Francia se debía a la gran cantidad de obreros dedicados a construir y derribar edificios

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

